

## PENSANDO AL ANALISTA COMO OBJETO TRANSFORMACIONAL

Vivian Schwartzman<sup>1</sup>

*I do not know what is about you that closes and opens; only  
something in me understands the voice of your eyes is deeper  
than all roses de: Nobody, not even rain, has such small  
hands E.E. Cummings (1931) Viva. Poema LXII Nueva  
York : Liveright , 1973.*

Este texto es un intento de poner en diálogo los conceptos “objeto transformacional” y “lo sabido no pensado” de Christopher Bollas (1987; 1989) y el planteamiento de “La madre muerta” (1980) de André Green, como un aporte al trabajo en la práctica analítica.

Freud (1915) planteaba que “(...) todo lo reprimido tiene que permanecer inconsciente, pero (...) lo reprimido no recubre lo inconsciente”, de modo que hay material inconsciente que no es reprimido y, no obstante, habita en lo inconsciente y que, suponemos, tarde o temprano aparecerá durante el proceso analítico.

En el consultorio no sólo se pondrán en escena recuerdos, fantasías, sentimientos, dolores y pensamientos que fueron reprimidos, sino que también se manifestará el inconsciente no reprimido, lo que nunca fue representado, pero no por ello no vivido.

Por tanto, lo reprimido remitirá a lo que no pudo representarse pero dejó huella en el inconsciente originario. Todo ese material no representado estará de alguna manera presente y pienso que es a lo que se refiere Christopher Bollas en su libro *La sombra del objeto* (1987) al referirse a *lo sabido no pensado*. Bollas plantea que todo sujeto humano lleva un registro de sus primeras experiencias del objeto, y éstas son justamente la sombra del objeto que cae sobre el yo y que deja en el adulto alguna huella de su existencia.

1 Bachiller en Filosofía Pontificia U. Católica del Perú. Estudios de Psicología y Literatura Hispanoamericana U. de Pensilvania EEUU). Formación en Psicoterapia Psicoanalítica, Centro de Psicoterapia Psicoanalítica de Lima. Candidata a Psicoanalista, Sociedad Peruana de Psicoanálisis.

En los primeros momentos del desarrollo, el objeto puede haber arrojado su sombra sin que un niño sea capaz de tramitar esta relación mediante representaciones mentales o de lenguaje (por ejemplo, cuando un padre usa a su hijo para que contenga identificaciones proyectivas). Bollas propone así que es posible que sepamos algo sobre el carácter del objeto que nos afecta, pero no lo hayamos *pensado* todavía.

En palabras del propio Bollas, lo sabido no pensado es aquello “(...) sabido como una recurrente experiencia de existir, y no tanto porque se lo haya llevado a una representación de objeto: un saber más bien existencial por oposición a uno representativo (...)” (1987, p. 30).

Siguiendo esta línea de pensamiento, para el psicoanalista que le da importancia a las relaciones de objeto en la transferencia y contratransferencia, el trabajo entonces consistirá en atender las partes del paciente relacionadas a sus memorias tempranas de existir y allegarse, reviviendo por medio del lenguaje aquello que es sabido pero todavía no ha sido pensado, es decir, lo *sabido no pensado*.

Bollas afirma que el yo es el factor constitutivo de *lo sabido no pensado*. Explica que estamos en posesión de complejas reglas para existir y allegarnos, procesos que reflejan la dialéctica de lo heredado y lo adquirido. Y plantea que en nuestro inconsciente reprimido primario sabemos estas reglas, pero sólo algunas de ellas han podido ser pensadas. Así, una porción muy significativa de nuestra existencia es predeterminada por *lo sabido no pensado*, y la idea es que a través de la experiencia psicoanalítica podamos acercarnos a ella.

Como sabemos, el primer objeto del niño es la madre. La madre es sabida menos como un objeto dotado de cualidades particulares que como un proceso enlazado al existir del infante y a la alteración de su existir. Bollas denomina a la madre temprana como “objeto transformacional”. Y postula que en el adulto la búsqueda de transformación constituye en ciertos aspectos una memoria del vínculo inicial. Asimismo, también existen otras memorias de este período de nuestra vida, entre ellas, una experiencia estética, cuando por ejemplo una persona se siente numinosamente abarcada por un objeto.

Winnicott plantea que al nacer, la madre obra para el infante como un ambiente facilitador; la madre es quien mantiene la vida del bebé y, al mismo tiempo, le transmite, por el idioma de cuidado materno, una estética de existir que se convierte en un rasgo del *self* del infante. Se desarrolla así un discurso privado entre el bebé y su madre donde el lenguaje de esta relación es el idioma del gesto, la mirada y la expresión intersubjetiva.

Winnicott denomina madre “ambiente” a esta madre abarcadora y plantea que para el niño en un primer momento ella es el ambiente total. Bollas agrega que “la madre es significativa e identificable menos como un objeto que como un proceso que es identificado con transformaciones acumulativas interiores y exteriores” (Bollas, 1987, p. 30).

Bollas (1987) propone definir como *objeto transformacional* la experiencia subjetiva primera que el infante hace del objeto. Así, un objeto transformacional es identificado vivencialmente por el infante con procesos que alteran la experiencia de sí. Cuando todavía la madre no ha sido individualizada plenamente, ella es experimentada como un proceso de transformación y este aspecto de la existencia temprana pervive en ciertas formas de búsqueda de objeto en la vida adulta, en el que es requerido por su función de significativo de transformación. Me pregunto si en muchos casos no es justamente esto lo que buscan los pacientes al llegar al consultorio, una experiencia vincular que los transforme.

Bollas explica que muchas veces en la vida adulta lo que se ansía no es poseer el objeto; sino más bien buscarlo para entregarse a él como un elemento que altere al *self*. Entonces, el sujeto se sentirá receptor de un cuidado ambiente-somático, identificado con una metamorfosis del *self*.

Así, la memoria de la temprana relación de objeto se manifiesta en la búsqueda, por parte de la persona, de un objeto (ya sea una persona, lugar, suceso, ideología, etcétera) que traiga la promesa de transformar al *self*.

En un primer momento es la madre quien tomó sobre sí la función del *objeto transformacional*

Cuando el infante ya es capaz de crear el objeto transicional, el proceso transformacional se desplaza de la madre-ambiente a innumerables objetos-subjetivos. Por tanto, la fase transicional de la que nos habla Winnicott es heredada del período transformacional siempre y cuando el infante pase del proceso a la articulación de la experiencia.

“En cierto sentido, el uso de un objeto transicional es el primer acto creativo del infante, un acontecimiento que no sólo pone de manifiesto una aptitud del yo, sino que es indicativo de la experiencia subjetiva que el infante hace de esas aptitudes “ (Bollas, 1987, p. 32).

En la vida adulta, por ejemplo, la búsqueda de transformación del *self* se puede ver en las distintas religiones; y en lo profano lo podemos observar continuamente. Por ejemplo: en la esperanza depositada en un nuevo trabajo, una relación amorosa, vacaciones, mudanza, etcétera. Resulta interesante pensar el uso que hoy en día hace la publicidad, ya que continuamente nos ofrece

aparentes transformaciones.

Bollas hace énfasis en el hecho que si estas transformaciones se fundan solamente en el tiempo futuro como experiencias que logren transformar el tiempo presente, de lo que se trataría más bien sería de un afán de objeto que escenifique de manera recurrente un recuerdo pre-verbal del yo. Esto suele suceder por ejemplo cuando se dan los momentos estéticos en los que un individuo experimenta una honda comunión subjetiva con un objeto (sea este una pintura, un paisaje, alguna melodía) y así llega a experimentar una numinosa fusión con él. En estos acontecimientos lo que se re-evoca es un estado del yo que prevaleció en la temprana vida psíquica. Sin embargo, por significativas que esas ocasiones lleguen a ser, éstas se destacan menos por sus logros transformacionales que por su cualidad numinosa. Estaríamos pensando más bien en la sensación de memorar algo que nunca se aprehendió cognitivamente, sino que se supo existencialmente. Se estarían evocando así, sensaciones psicósomáticas de fusión, a modo de evocaciones del objeto transformacional. Podemos observar cómo esta anticipación en que el sujeto habrá de ser transformado por un objeto, instala muchas veces en éste una actitud reverencial hacia el objeto.

“En la vida adulta, en consecuencia, buscar el objeto transformacional es memorar una experiencia objetal temprana, recordar no cognitiva sino existencialmente (...) un vínculo que se identificó con experiencias transformacionales acumulativas del *self*” (Bollas, 1987, p. 33).

La intensidad de la búsqueda de relación con un *objeto transformacional* no tiene que ver con la búsqueda de un objeto de deseo, sino con que el objeto es identificado con aquellas potentes metamorfosis del existir. Por tanto, lo que muchas veces busca el sujeto a través de aquellas experiencias estéticas es experimentar re-escenificaciones más que recreaciones.

Por ello la búsqueda de equivalentes simbólicos del *objeto transformacional*, y la experiencia con la cual este es identificado, continúan en la vida adulta. Por ejemplo, llegamos a tener fe en una divinidad, vamos al teatro, al cine, a los museos...elegimos nuestros paisajes preferidos buscando encontrar experiencias estéticas. También encontramos que en los sueños diurnos nuestro *self* aparece en el tiempo futuro ensoñando con sus proyectos, al parecer intentando el advenimiento del *objeto transformacional*.

Podríamos pensar también en ciertas patologías en las que existe un empeño por parte de la persona de llegar, a través de una particular relación de objeto, a lograr una transformación del yo a modo de reparación de una *falta básica* (Balint, 1968). A través de su experiencia clínica Balint encuentra

como denominador común en los pacientes que padecen de una *falta básica* lo siguiente:

Aunque las sensaciones de vacuidad y apatía pueden ser muy intensas, detrás de ellas habitualmente anida una determinación seria y callada de penetrar las cosas. Esta extraña mezcla de profundos sentimientos, falta de espíritu combativo y resuelta determinación a penetrar las cosas hace que estos pacientes sean verdaderamente atrayentes, y esto constituye un importante signo diagnóstico de que el trabajo analítico ha llegado al nivel de la falta básica (1982, p. 33).

Balint explica que utiliza la palabra “falta” porque es exactamente la palabra con la que los pacientes denominan su estado. El paciente dice que le *falta* algo en su interior, *falta* que ha de ser reparada, y que siente no como un complejo, no como un conflicto, ni como una situación sino, precisamente como una *falta*. Dichos pacientes tendrían la sensación de que la causa está en que alguien les falló o los descuidó y por tanto, muestran una ansiedad expresada en una desesperada demanda de que el analista no habrá de fallarles.

(...) es algo que el paciente echa de menos ahora o quizá haya echado de menos durante toda su vida. Una necesidad instintual puede satisfacerse, un conflicto puede resolverse, una falta básica puede tal vez curarse suponiendo que pueden encontrarse los ingredientes faltantes: o aun así puede tratarse de una curación con defecto, lo mismo que una simple cicatriz que no duele (Balint, 1982, p. 35).

Por su parte, Bollas encuentra que la búsqueda del *objeto transformacional* en individuos con características narcisistas o esquizoides equivaldría a un reconocimiento interior de la necesidad de reparación del yo. Y plantea que éstos pacientes están menos interesados en el contenido de las interpretaciones del analista que en experimentar al analista a modo de una presencia materna empática. Podríamos considerar esto como una complicación en el camino de un psicoanálisis tradicional, en el que sólo las interpretaciones son la fuente primordial, o más bien deberíamos darnos cuenta que para tales pacientes el espacio analítico es justamente el que cumple la función de promover un proceso que lleva a evocar profundos estados regresivos, ya que el paciente percibe el espacio analítico como un espacio protegido.

En esta línea se podría pensar que el paciente regresa al nivel de la *falta básica*, pero mostrando así en cada regresión la región de insanía que la persona alberga en su interior. Lo que se haría necesario, en tales casos, es la

experiencia de sucesivas transformaciones del yo que se identifiquen con el analista y el proceso analítico. En esos momentos el paciente experimentará las interpretaciones sobre todo por la virtud que encuentra en éstas de ir a su encuentro, a sus sentimientos o pensamientos interiores, dándole la posibilidad de re-experimentar la relación con el *objeto transformacional*.

En diversas ocasiones nos encontramos con pacientes en los que nuestra confiabilidad, nuestra no intrusividad, el uso de nuestra empatía para ir a su encuentro sean probablemente mayores a los que experimentó con el cuidado real de su madre. Lo principal para este tipo de pacientes radicaría en que nos puedan llegar a sentir como un *objeto transformacional*. Tal es así, que interpretaciones que requieran un pensamiento reflexivo por parte del paciente, o que analicen el *self*, suelen ser vividas por éste como demandas aún precoces para su capacidad psíquica, y por tanto, el paciente puede reaccionar con furia o expresar sensaciones de vacío y desesperanza.

Para Bollas la búsqueda de transformación y del *objeto transformacional* es tal vez la relación de objeto omnipresente. Esta búsqueda no brota de un deseo por el objeto como tal ni de una añoranza. Brota de la certeza de la persona de que el objeto producirá transformación; “esta certeza se basa en la designada capacidad del objeto para resucitar el recuerdo de una transformación temprana del yo” (Bollas, 1987, p. 45).

Lo que sostiene Bollas con esta tesis es que si bien no hay disponible ningún recuerdo cognitivo de la experiencia del infante con su madre, la búsqueda del *objeto transformacional*, y la designación de que éste ha de rescatar una transformación ambiental, es una memoria del yo.

En relación al texto de André Green *La madre muerta*, éste plantea que

(...) este trabajo no (se) trata de las consecuencias psíquicas de la muerte real de la madre, sino a una imago constituida en la psique del hijo a consecuencia de una depresión materna, que transformó brutalmente el objeto vivo, fuente de vitalidad del hijo, en una figura lejana, átona, cuasi inanimada, que impregna de manera muy honda las investiduras de ciertos sujetos (...) y gravita sobre el destino de su futuro libidinal, objetal y narcisista (1986, p. 209).

*La madre muerta* a la que se refiere Green “es una madre que sigue viva, (...) pero que está psíquicamente muerta a los ojos del pequeño hijo a quien ella cuida” (1986, p. 209). De esta manera, en lo sucesivo el bebé tendrá que adaptarse a la nueva circunstancia, que es la de vivir un maternaje interrumpido, un *holding* no vivido y, por lo tanto, una existencia también interrumpida,

ya que como muy bien explica Winnicott, en este nivel de desarrollo “madre y bebé” son la misma cosa, por lo que en estas circunstancias ambos quedan con una sensación de vacío, futilidad y muerte.

Green subraya que en el momento del duelo repentino de la madre, ésta desinvierte brutalmente a su hijo y por tanto, la “transformación” de la vida psíquica es vivida por éste como una catástrofe. El trauma narcisista que este cambio representa no solamente lleva consigo una pérdida de amor, sino también una pérdida de sentido, pues el bebé no dispone de explicación alguna para dar razón de lo que ha sucedido.

El texto de la Madre Muerta está dentro de la así denominada por Green “clínica del vacío”, que remite a la situación del sujeto que si bien acude al análisis sin una franca “depresión” manifiesta (que Green llama “depresión negra” aludiendo a la melancolía) tiene una experiencia del *self* de futilidad, de vacío mental, y de inexistencia (lo que Green llama “depresión blanca”) que ha permanecido egosintónica a lo largo de su vida. Este “duelo blanco” sólo puede manifestarse en el vínculo paciente-analista, por lo que resulta para Green “una revelación de la transferencia” (Green, 1980, p. 215), de algo que siempre ha estado allí, algo “sabido pero no pensado”.

Nos podríamos preguntar entonces: ¿qué consecuencias tendría ser hijo de una madre en duelo? ¿qué emerge de un maternaje así interrumpido?

Tanto Green como Bollas pueden considerarse “hijos teóricos” de Winnicott. Pero, mientras que Green se centró más en la clínica de “lo negativo”, es decir, la consecuencia del “no acaecer” psíquico, Bollas se centró en lo que “sí acontece”, lo que podría llamarse la clínica de “lo positivo”.

Por positivo no se quiere decir que Bollas se centra únicamente en aquello que la madre hace para gratificar a su bebé, sino al tipo de maternaje que encierra el concepto winnicottiano de “madre suficientemente buena” que es aquella capaz de gratificar pero también de frustrar, capaz de estar y también de separarse y regresar cuando el umbral de la angustia de separación está a punto de ser colmado. Esto es justamente lo que no pasa con la “madre muerta” de Green, ya que esta no volvió más, dejando una huella “negativa” en su infante. La interrupción de las funciones de gratificación y frustración por parte de la madre crearán un incipiente desarrollo en él. No es lo mismo el *no* de la frustración que el *nunca más* de la muerte, en el sentido greeniano que le hemos dado a la “madre muerta”. La madre debería ser una especie de ecosistema, un hábitat, un continente que recibe, hospeda, contiene y transforma lo proyectado por su bebé, de una forma estética y armoniosa.



En su libro *Fuerzas del destino* (1986) Bollas postula que existe un *instinto de destino*, que se expresa en la búsqueda de cada persona para entrar en su propio ser genuino, es decir para buscar su propio *self* verdadero en el sentido winnicottiano. Este *instinto de destino* sería una forma de pulsión de vida cuyo camino dependerá de la capacidad del entorno para facilitar su potencial.

Siguiendo esta línea, Bollas habla de un propio idioma humano, que no es otra cosa que la configuración de existir de cada sujeto, lo que define su esencia y lo que hace “ser un personaje” distinto y único en su entorno. Siguiendo a Winnicott, Bollas describe que es la madre la que con sus gestos espontáneos construirá junto con el infante este idioma humano que lo acompañará toda su vida. El sujeto buscará a lo largo de su vida objetos que se permitan ser “usados” para la expresión subjetiva de su mismidad. Bollas entiende el mundo objetal como un mudo potencialmente transformalizante, en el sentido de que los objetos están allí para poder ser vehículos de expresión de nuestro idioma humano.

Bollas describe un mundo objetal evocador que puede potencializar fenómenos transformacionales en aquellas personas que se permiten ser más lúdicas y libres, lo que sería el contrario del sujeto normótico. Pensando desde esta perspectiva para el heredero de una “madre muerta”, la capacidad de usar dichos objetos está detenida, paralizada, por lo que la elección de objetos está destinada más a fines objetivos que a fines subjetivos. El heredero de *la madre muerta* no habría podido aprender su idioma humano, sería un analfabeto de su propio ser, y por tanto su análisis sería casi una tarea de alfabetización, para aprender a leerse y escribirse.

El encuentro psicoanalítico permite, por sus características, evocar experiencias de otros tiempos, a veces experiencias que no pudieron ser. En el caso de pacientes con el complejo de la *madre muerta*, el encuentro analítico buscará descongelar estas experiencias. Esto determinará el cambio psíquico buscado. Según Green el analista debe darle a la *madre muerta* su “segunda muerte”, pero que ésta se defiende como la Hidra que, una vez cortada su cabeza, aparecen miles más. La clave tanto para Green como para Bollas está en enfrentar el logro de este duelo en el escenario de la transferencia. Así, aunque el paciente tenga resistencias, se presente frío en las sesiones o busque que el analista lo abandone, como lo hizo su madre, es posible crear un ambiente “suficientemente bueno” para elaborar el duelo congelado y la reactivación del interés por el mundo objetal, ese que es capaz de transformarlo.

Para el sujeto que sufre el complejo de la *madre muerta* un análisis implicaría en primer término la reestructuración de su propia parte muerta y la búsqueda



externa de objetos más vitales que mortuorios, más lúdicos que rígidos, es decir, más susceptibles de provocar fenómenos transformacionales.

Recordemos a Freud (1917) afirmando que la elaboración del duelo implica la liberación de la esclavitud al objeto perdido y la búsqueda de nuevos objetos.

### Resumen

*Este artículo comenta el concepto de la Madre Muerta de André Green (1980) a la luz de contribuciones de Bollas y de Winnicott. Se propone que como psicoanalistas podamos dejarnos ser usados como objetos transformacionales, en palabras de la autora, como potentes metamorfosis del existir de nuestros pacientes.*

**PALABRAS CLAVE:** FENÓMENO TRANSFORMACIONAL / OBJETO TRANSFORMACIONAL / MADRE MUERTA / SABIDO NO PENSADO / FALTA BÁSICA.

### Summary

*This paper aims to comment André Green's concept of the dead mother (1980) having in mind several ideas of Bollas and Winnicott. It is proposed that analysts would do well in letting themselves be used as transformational objects, that is, as potent metamorphoses of the existence of their patients.*

**KEYWORDS:** TRANSFORMATIONAL PHENOMENON / TRANSFORMATIONAL OBJECT / DEAD MOTHER / UNTHOUGHTS KNOWN / BASIC FAULT.

### Referencias

- Balint, M. (1979). *La falta básica: aspectos terapéuticos de la regresión*. Buenos Aires: Paidós, 1982.
- Bollas, C. (1987). *La sombra del objeto: psicoanálisis de lo sabido no pensado*. Buenos Aires: Amorrortu, 1997.
- \_\_\_\_\_. (1989). *Fuerzas del destino: psicoanálisis e idioma humano*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915). Lo inconsciente. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 14, pp. 153-213). Buenos Aires: Amorrortu, 1984.
- \_\_\_\_\_. (1917). Duelo y Melancolía. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 14, pp. 235-258). Buenos Aires: Amorrortu, 1984.
- Green, A. (1983). *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. Buenos Aires: Amorrortu, 1999.
- \_\_\_\_\_. (1980). *La madre muerta*. En *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. Traducción José Luis Etcheverry. Buenos Aires: Amorrortu, 1999.
- Winnicott, D. W. (1971). *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa, 2005.
- \_\_\_\_\_. (1979). *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Barcelona: Paidós, 1999.